

y de la que oían tantas maravillas, como para ser confirmados por ella en la fé; á lo que contribuía no poco que la Señora estuviere dotada de todo género de gracias y dones extraordinarios.

Del don de milagros.

VI. No quiero decir menos de la potestad concedida á los santos para producir exteriormente obras maravillosas y capaces de asombrar á los que las ven ó las oyen, que es lo que llamamos don de milagros, sino que por las mismas consideraciones arriba expuestas sostengo con el abad Ruperto (1), Alberto Magno, san Antonino (2) y otros varios que le fué concedido, especialmente despues de la ascension de su hijo á los cielos, y que muchas veces se valió este de ella así como de los apóstoles y discipulos para hacer nombrada su iglesia con tales hazañas. Nadie á mi juicio contradirá esto, si considera que semejante potestad fué conferida tan generalmente á los fieles siervos de Dios, que muy pocos han dejado de obrar multiplicados milagros. S. Juan Damasceno llama á María un abismo de prodigios (3), y S. Andrés de Candia le da el nombre de taumaturga (4), y eso por un poder que no puede disputársele; acerca de lo cual trataré mas largamente en el capítulo XIII del tratado segundo. Concluyo atestando con S. Atanasio (5) que ella poseyó todas las gracias con que la liberalidad de Dios puede adornar y enriquecer á una alma, y como á tal la salud llena de gracia con el mensajero celestial, pues fué la madre de ellas dando la vida por un prodigio de gracia al autor de la gracia.

(1) Lib. 3 in Cant.

(2) P. 4, tit. 15, c. 49, § 5 et 6.

(3) Sermo 1 de Nativ.

(4) Sermo 1 de Assumpt.

(5) Sermo de Deipara 7.

SÉPTIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO VIII.

QUE ES LA ÚNICA COMPLETAMENTE EXENTA DE TODO PECADO.

Queriendo yo tratar del privilegio de la madre de Dios que contiene la exencion general de toda suerte de pecados, tendria mas motivo de temblar que el devoto san Bernardo (1), y podria decir con mucha mas razon que S. Anselmo (2) que siendo el objeto de mis consideraciones y la materia de mi discurso una pureza que excede á todo lo criado, tengo horror de mi mismo y de la enormidad de mis culpas y temo justamente ser repulsado como indigno de ver la gloria de Dios, que tan extraordinariamente aparece en este excelente privilegio. Pero por otra parte me siento alentado por las palabras de S. Buenaventura, el cual afirma (3) que en cierto modo estamos obligados á hablar de sus excelencias por no hacernos culpables de ingratitud con el silencio. Si puede ser disimulable á una persona de mi condicion manejar este asunto; nunca es mejor ocasion que despues de haber tratado de las gracias de la Virgen santísima por la conexion que hay entre estos dos privilegios, pues es difícil conocer perfectamente el uno

(1) Hom. 3 in Missus.

(2) De excellent. Virg., c. 4.

(3) Prolog. ad Specul. B. V.

sin el otro. Mas como hay dos especies de pecado, el original y el actual, para no confundirlos haré ver antes cómo María fué exenta del primero, y despues mostraré que tambien lo fué del segundo: por fin para dar la última mano á este discurso iré hasta la fuente de donde le vino esa dicha.

§. I.—Que la madre de Dios fué exenta del pecado original.

I. A vuestro parecer ¿no tengo particular motivo de tomar á pechos con David (1) la limpieza de la casa de Dios y emprender con interés la defensa de esta prerogativa, supuesto que la Virgen santísima se sirvió de revelar á su fiel siervo Alfonso Rodriguez, coadjutor de nuestra compañía, quien murió en la isla de Mallorca el año 1617 y el ochenta y siete de su edad, que uno de los principales motivos de que se habia valido su amado hijo para levantar este humilde instituto y honrarle con su nombre, habia sido para defender la inmaculada concepcion de la Señora? Despues de esto ¿no seria preciso morir de vergüenza si habiendo emprendido tratar de sus excelencias y grandezas pasase esta en silencio? Sin embargo porque muchos y buenos campeones han hecho reconocer la verdad de esta revelacion con sus decididos esfuerzos y porque protegiendo Dios las santas intenciones de mas de cien escritores del mismo instituto que han peleado por defenderla, sin hablar de otros casi innumerables que la han sostenido de viva voz, este privilegio se halla hoy tan dilucidado, que muy pocas personas dudan de él, paréceme que no se vituperará mi brevedad y que bastará proponer algunas pruebas sólidas para la confirmacion de esa verdad, sacadas del

(1) Salmo XXV.

arsenal de la iglesia, el cual está pertrechado de todo género de armas.

Primera prueba, sacada de la persona del Salvador.

II. Tomaré la primera prueba de la persona de nuestro Señor Jesucristo, en cuya deshonra tornaria indefectiblemente que hubiese alguna mancha en la concepcion de su madre santísima. Hablando S. Pablo (1) del redentor de los hombres sienta que convenia que tuviésemos tal pontífice entre nosotros, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y ensalzado sobre los cielos. La expresion *segregado de los pecadores* merece considerarse cuidadosamente, en atencion á que nada dejó por hacer aquel cordero sin mancha para apartarse del contagio general de los pecadores. Con este motivo eligió desde el principio un pueblo particular entresacado de las demás naciones, á quien dió su librea y su insignia, para que con el tiempo no llegase á confundirse con los otros. En este escogimiento hizo todavia nueva eleccion de ciertas personas de extraordinaria virtud para nacer él de la descendencia de ellas: dejó á su pueblo mil simbolos y figuras de la pureza así exterior como interior, que debia de ser mas notable en él, é imprimió los vestigios de esta pureza en todas las partes del templo, en la persona de los ministros, en los sacrificios, en los utensilios y en todo lo demás que pertenecia á su culto. ¿Y qué hombre de sano juicio podria creer que tuviese el Señor tanto cuidado de las sombras y figuras y no hiciese caso de la verdad? ¿Quién se persuadiria á que hubiese obrado tantas maravillas para hermosear su ciudad real, que hubiese conducido por

(1) Ad hebr. VII, 26.

todas las calles manantiales de aguas cristalinas y velado tan esmeradamente sobre su conservacion, y luego hubiera permitido que la ciudad preparada por él abeterno para su mansion quedase sin una sola gota de agua para refrescarse y que se hubiese dormido él al amanecer el dia de la concepcion de su bienaventurada madre cuando el enemigo estaba á las puertas y ponía las escalas para el asalto?

III. ¿Quién querrá decir que escogió él un trono material mas brillante que el sol y que su trono animado estaba lleno de suciedad é inmundicia? ¿Quién se imaginará que un templo corruptible habia de estar todo revestido de oro fino; que al construirle no se oyó un solo martillazo; en una palabra que debia de ser todo santo y divino para contener una arca, figura de la sagrada humanidad de Jesucristo; y que el templo vivo donde habia de ser recibido este personalmente, fuese amasado de barro y edificado con la zambra y el desorden del pecado? ¿Quién ha oido jamás, decia gravemente el ilustre S. Cirilo cuando combatia en defensa de este templo divino en el concilio de Efeso (1), que habiendo edificado un arquitecto una casa para su morada, haya sido impedido de habitar en ella y obligado á ceder el derecho de la misma á su enemigo? ¿Puede caber en un entendimiento racional la idea de que Dios hubiese prohibido antiguamente bajo pena de muerte que entrara nadie, excepto el sumo sacerdote, en el santuario de un templo figurativo y que hubiese cedido voluntariamente su verdadero y único santuario al espíritu de impureza y deshonestidad? Si no pudo impedirlo; ¿cómo es omnipotente? Si pudo; ¿por qué no lo hizo, supuesto que como dice S. Gerónimo (2), todo el honor

(1) Hom. 6 in conc. ephes. (2) Ad Eustoch habita.

que se rinde á la madre, redundan en el hijo, así como la deshonra que ella recibe? Por último ¿á qué venía tanta limpieza en las vasijas de barro y de madera que no debían de servir mas que para los criados, dejando al mismo tiempo pegada la grasa y la porquería en la vajilla de oro que es para el uso del rey? Esto sería precisamente lo mismo que decir que un gran príncipe habia edificado un palacio para vivir con comodidad y ostentar su magnificencia y que mucho tiempo antes de ir á tomar posesion habia mandado empedrar de mármol blanco las calles de la ciudad, vestir las tapias de preciosos tapices y adornar regimiento todo el tránsito dejando á la puerta de palacio un inmundo cenagal por el que le fuese preciso atravesar y meterse hasta las orejas.

IV. Ya oigo que se me responde que cuando entró en su palacio el rey de la gloria, la gracia habia tomado posesion de él mucho tiempo antes y quitado todo mal olor. Concedo; pero ¿cómo es posible me imagine yo que aquella á quien puede echarse en cara que fué tan sucia é inmunda, sea la inmaculada y dignísima madre del muy digno é inmaculado hijo de Dios, segun la llama Orígenes (1)? Vosotros, lectores míos, no os acercáis á la pureza de Dios y á su santidad, que le infunde una aversion infinita al pecado; ¿no es verdad? Sin embargo si el Señor, que segun observacion de S. Agustin (2) no deja jamás de hacer lo que la recta razon nos dicta ser mejor, os hubiera consultado si le convenia unir su divinidad á una carne que en otro tiempo hubiese estado corrompida é inficionada por el pecado (porque al cabo la carne del hijo es la de la madre); de veras ¿se lo hubiérais aconsejado? Mas aun; si hubiera estado en

(1) Hom. 4 ex variis.

(2) Lib. 3 de lib. arbit., c. 5.

vuestra mano criaros una madre á medida de vuestro deseo; ¿habriais tenido tan poco respeto á ella ó tan poco cariño á vosotros mismos, que la hicierais tal, siendo así que segun el dicho del Sábio (1) la honra y el desdoro de los padres redundan en los hijos? Y lo que no habriais hecho vosotros con una chispa de razon que teneis, ¿juzgais que lo hubiera hecho Dios siendo infinitamente sábio y bondadoso? Era preciso ó que hubiese honrado á su madre menós que vosotros honrariais á la vuestra, ó que hubiese tenido en menos su decoro que vosotros el vuestro; lo cual es contrario á toda razon.

V. Oid por vuestra vida lo que dicen los santos á este propósito: «Cuando hablo del pecado, dice el incomparable S. Agustín (2), guardáos de imaginar que comprendo á la Virgen santísima; porque sabemos por otra parte que tuvo tanta mas gracia para vencer todo género de pecados (nótese esto), cuanto que le cupo la honra de concebir y parir á aquel que no ignoramos haber estado sin pecado.» «No, dice gravemente S. Cipriano, la justicia de Dios no permitia (esto es mucho decir y no puede decirse mas) que este vaso escogido fuese manchado con los oprobios comunes, porque habia una asombrosa desproporcion entre ella y todos los demás, y si bien la naturaleza era la misma, no obstante ella no tenia nada de comun con la culpa. La plenitud de la gracia era debida á la madre con una gloria superabundante, que la hizo sin igual tocante á la pureza del cuerpo y del alma.» S. Anselmo dice (3): «Era de todo punto razonable que la Virgen tuviese una pureza tan excelente, que no pudiera concebirse otra

(1) Eccli. III.

(2) De naturâ et gratiâ, c. 36.

(3) De conceptu Virg., c. 48.

mayor despues de Dios.» ¿Y quién dirá que la madre de Dios tuviese esta pureza si hubiera estado manchada con la mancha infame del pecado original, cuya fealdad pintaré incontinenti? No sé de veras cómo puede ponerse esto en duda, atendiendo á la máxima que sientan comunmente los santos padres y los teólogos. Con efecto en cuanto encuentran alguna indecencia en lo que pertenece á la madre de Dios, basta para que no quieran oír hablar de ello en ninguna manera. En consecuencia si se trata de mostrar que la concupiscencia no tuvo dominio sobre ella; que su cuerpo no pasó por las leyes ordinarias y que estuvo exenta de la corrupcion; que ella no experimentó los dolores ni las impurezas del parto; al punto se tropieza con esta preciosa máxima, y no hay cosa mas convincente que la consideracion de que eso hubiera sido indecoroso á la madre del divino Verbo ó indigno de la purísima carne de que debia de tomar la suya el hijo de Dios hecho hombre. Esta consideracion detiene á todo entendimiento recto y no deja lugar á replicar. ¿Y quién creará que hubiese menos indecencia en verla marcada con el oprobio del pecado original, cien millones de veces mas feo y mas infame que todas esas imperfecciones, las cuales subsisten al cabo sin pecado? Y si se le hubiese dado á escoger entre ser exenta del pecado ó no ser reducida á polvo despues de su muerte, ¿quién duda que ella hubiera aceptado la condicion comun de los cuerpos antes que el pecado, y que el santo é inocente armíño se hubiera arrojado al fuego de todos los defectos naturales antes que mancharse con la culpa y ser por un solo instante enemigo de su criador?

VI. Así queda resuelto este punto para gloria del Salvador de nuestras almas, y créanle todos tan santo, que no pudo sufrir el pecado en su carne, y tan buen hijo, que no supo consentirle en su madre. «Mi señor y

mi rey, decia Betsabé á David (1), los ojos de todo Israel estan vueltos hácia ti, para que les declares quién debe de sentarse sobre tu trono despues de ti; y acaecerá que luego que el señor mi rey durmiere con sus padres, yo y mi hijo Salomon seremos tratados como pecadores si dispones del trono en favor de otro.» Estas palabras hirieron en lo vivo el corazón de David, padre cariñoso y rey amante de sus vasallos, en términos que mandó en el acto al profeta Natan y al sumo sacerdote Abiatar que apresurasen la consagracion y coronacion de Salomon. ¿Y es creible que el Padre eterno sintiera menos la deshonra de su unigénito y de la bienaventurada madre de este que David la mancha de su amada esposa Betsabé y de su buen hijo Salomon? No se hable mas de esto: la idea sola de que María madre de Jesus fué pecadora y que la mancha de su concepcion no podia menos de ser oprobiosa á su hijo, es abominable y causa horror.

Segunda prueba, sacada de la persona de la Virgen santísima.

VII. Paso del hijo á la madre, y parece que basta examinar los designios que tuvo Dios sobre ella, y el fin á que la destinaba, para eximirla de todo pecado. Respecto del título de madre de Dios no tengo nada que añadir á lo dicho, que es bastante, y todo lo mas podríamos contentarnos con las pocas, pero sólidas y convincentes palabras de S. Agustin (2); es á saber, «que cual es el hijo, tal es la madre;» entendiéndose todo con la proporcion conveniente del uno al otro; es decir, que asi como el hijo estuvo exento de todo pecado por su pro-

(1) III de los Reyes 1, 20. (2) Sermo 40 ad fratres in eremo.

pia divinidad, así lo estuvo la madre por la gracia de su amado hijo. Por eso repárese que santa Isabel inspirada divinamente los une en bendiciones cuando dice: «Bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre (1).»

VIII. Pasemos á la calidad de reparadora, compañera y coadjutora del Salvador en la obra de nuestro rescate, de que hablaré mas extensamente en el tratado segundo. ¿No descubramos ya el diseño que Dios hizo de ella desde el principio del mundo, cuando quiso que la compañera y ayuda que daba al primer hombre, fuese hecha á semejanza de este y que ambos gozasen de la justicia original? Y si la infinita bondad del Criador no pudo consentir que Adam y Eva, destinados para propagar nuestra especie por la via natural, fuesen criados en otro estado que el de inocencia, ¿qué debemos de creer del Salvador y de su santa madre, que venian para reparar la culpa en que habian caído aquellos precipitándonos á nosotros al mismo tiempo? S. Bernardino de Sena cree (2) que este argumento tiene grandísima fuerza para todo el que quiera ceder á la razon. Por eso le empleó S. Andrés, el mas antiguo de los apóstoles, segun refiere Abdias babilonio (3). Con efecto dice que así como el primer Adam fué formado de la tierra virgen y no sujeta todavía á maldicion, así tambien el segundo nació de madre virgen, que no habia estado jamás sujeta á la maldicion.

IX. Pero ¿qué podria responderse á los santos doctores, que ensoñan haber sido escogida con su hijo para librarnos de las desgracias que nos habia causado el pecado original? Ciertamente que hubiera sido una excelente disposicion para lograrlo el estar ella inficionada

(1) Luc. 1.
(2) Tom. 4, serm. 48. (3)

(3) L. 4 hist.

de la misma mancha. El antiguo poeta Sedulio, cuyos versos han tenido tal precio á juicio de la iglesia, que ha incluido algunos en el santo sacrificio de la misa, echó mano de esta razon diciendo: «Así Maria, la honra de las flores, sale de Eva, y de un tronco viciado nace una linda rosa, ennobleciendo una nueva virgen el linaje que la-antigua habia llevado á la muerte.»

Hesiquio la llama con este motivo (1) el ornamento excelente de nuestra naturaleza, la gloria de nuestra tierra, destinada á ocultar la afrenta de nuestra primera madre, á limpiar la mancha del primer padre y á abatir la soberbia del que habia perdido á ambos. No digo mas, porque de esto hablaré expresamente en el capítulo VI del tratado segundo. ¿Y qué se puede replicar á la doctrina de S. Juan Damasceno, el cual enseña (2) que la bienaventurada Virgen empezó esta maravilla en el punto mismo de su concepcion y que este dichoso instante fué el que levantó á nuestra naturaleza de su caída y la restauró completamente? ¿Cómo se puede comprender despues de esto que su concepcion fuese inficionada de la misma mancha de que venia á librarnos? Si los santos padres que alegaré mas adelante, sacan un argumento eficaz para probar que estuvo exenta de todo pecado actual, de que era destinada con su hijo á destruir el mismo pecado; ¿por qué hemos de tener reparo de decir lo mismo acerca del original? El devoto capellán de la Virgen S. Ildefonso no ignoraba la solidez de esta razon, de que se valió en el excelente tratado escrito para defender la integridad de nuestra señora diciendo: «Sea pues cosa resuelta que estuvo libre y exenta de todo pecado original la que no solo nos libró de la maldicion, sino que además nos trajo la bendicion.»

(1) Orat. 1 de E. Virg.

(2) Sermo. 1 de nativ. B. V.

X. Y á propósito de lo que dice Hesiquio sobre que fué destinada para abatir la insolencia de Satanás, es verdad que todos los santos padres lo enseñan con él, y lo demostraré mejor en el tratado segundo. Pero entre tanto ruego al lector considere las palabras que dijo Dios á la serpiente, las cuales entienden comunmente los doctores de la gloriosa Virgen. «Yo pondré, le dijo (1), enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya: ella te quebrantará la cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañar.» Si lo consideramos con atencion; notaremos en estas palabras tres cosas muy importantes. La primera es que dice Dios que pondrá enemistades usando segun observacion de S. Cipriano el número plural, el cual absolutamente implica toda especie de desunion y desvío, sin concordia, ni paz, ni tregua alguna, para dar á entender que ella fué la única que nunca tuvo que ver nada con Satanás; pero que desde el principio le declaró guerra á muerte. En segundo lugar dice que le quebrantará la cabeza, la cual no es otra cosa que el pecado original, porque así como cuando la serpiente (y es observacion de S. Gregorio Nacianceno) ha metido la cabeza en algun agujero por pequeño que sea, fácilmente introduce todo el cuerpo, de la misma manera donde el espíritu maligno ha hecho entrar el pecado original, fácilmente da entrada á los actuales; ó si se quiere mejor, así como cuando se ha quebrantado la cabeza de una serpiente, el cuerpo bulle todavia algun tiempo, del mismo modo aunque el primer pecado sacado de nuestros padres sea destruido en el santo sacramento del bautismo, no dejamos de sentir sus reliquias, que son las rebeldías y discordias que experimentamos dentro de nosotros mismos, y los asaltos de la

(1) Genes. III.

concupiscencia, verdadera semilla del pecado original. Pero ¿por qué emplea ella el pié para este oficio? No será para dar á entender que hizo esta singular hazana al principio de su vida, de que es simbolo el pié? Por último dice Dios que la serpiente pondrá asechanzas al calcañar de la mujer, como si hubiese dicho mas claramente que la serpiente no la encontrará al principio de su vida, ni aun la acometerá en su persona, segun haré ver en otro lugar (1), sino que la sorprenderá en la persona de sus descendientes, que son sus hijos espirituales representados por el calcañar.

XI. Figuráos ahora que habiendo estado uno algun tiempo bajo la férula del carcelero con esposas en las manos y grillos en los piés y habiendo salido de la prision para ser marcado y marchar desterrado perpetuamente, de allí á una hora se le levanta el destierro y fuese enviado en el acto á la cárcel de donde salió, para dar libertad á sus compañeros y sacarlos de allí. Figuráos el recibimiento que tendria, y el tratamiento que le daria el alcaide en cuyo poder estaba poco antes. Por mi parte confieso que tengo dificultad en creer que si la Virgen santísima hubiese estado un solo instante bajo la tiranía de Satanás, no se lo hubiera echado mil veces en cara este espíritu soberbio é insolente y aun hubiera pasado á aplicar la afrenta á nuestro Salvador como á hijo de una liberta suya. ¿Y quién no ve, sin que yo lo diga, que no era conveniente que el demonio tuviese esta ventaja?

XII. En los tratados siguientes, donde he de proponer los otros títulos de la Virgen, consideraré cuán incompatibles son con toda especie de pecados. Ahora me contento con solo un elogio de S. Pedro Damiano, que

(1) *Trat. 2, cap. 9, §. 7.*

es juntamente uno de los designios de Dios sobre ella, capaz de ponernos de parte de su exencion del pecado. Dice pues con mucha sutileza el santo que Dios habia preparado á la santísima Virgen exactamente como un lecho de descanso para reposar al salir de la molesta jornada de la ruina de los ángeles y de los hombres, la cual (hablando á nuestro modo) le habia dado tanto que hacer y causado enojos sin número. ¿Y qué lecho de descanso, decidme, hubiera sido si le hubiese encontrado sembrado de las espinas del pecado original? ¿Hubiera sido á propósito para conciliar un sueño dulce y agradable? Asi digamos mejor que ella fué la verdadera cama de Salomon sembrada de rosas sin espinas y perfumada con celestiales aromas, donde no se encontró jamás nada que desagradase en lo minimo á su soberana majestad.

Tercera prueba, sacada de la naturaleza del pecado original.

XIII. Este pecado de que hablamos tanto, bien merece una prueba aparte. Quisiera tener el pincel muy feliz para pintarle con sus vivos colores, y pondria á la vista un mónstruo capaz de causar espanto á todo el que le mirase. Ya que no puedo hacerlo, presentaré un bosquejo, del que me valgo yo para concebir mas horror á aquel. Paréceme que veo un mónstruo en extremo horrible, lanzado del infierno para que inficione al mundo con su hediondez: todos los demonios han contribuido á hacerlo: tan espantable es en su figura, tan terrible en su forma y tan desapiadado en sus designios. Tiene cien cabezas, todas diferentes, pero casi igualmente horribles: sus ojos parecen globos de fuego, sus dientes navajas afiladas, sus gargantas simas de muladar y sus garras garfos de hierro. De todas aquellas gargantas salen unas nubes de humo tan pestilente, que oscurecen y corrompen el aire. En medio de su vientre se en-

ciende un fuego griego, que destruye cuanto encuentra: sus alaridos espantan á todo el mundo, al cual arroja en una horrenda caverna, que es el teatro de su carnicería. En una palabra es tan terrible, que nadie se escapa de su furia. Luego que los vuelve á lanzar á sus prisiones, los embiste con los dientes y las garras, y desde luego se tira á la cara, que desfigura enteramente sustituyendo en lugar de la forma humana la semejanza de Satanás. Tira, arrastra, magulla, despedaza y no deja nada sano. Hace saltar los ojos, taladra los oídos, chupa los sesos y arranca el corazón: en una palabra es un infierno empezado, porque no se puede pasar mas allá para representar su crueldad.

XIV. Ve ahí una pintura singular, aunque solo está en bosquejo y no llega á la fealdad del original. Mas porque no se figuren algunos que yo he hecho á manera de una fantasma de las que se presentan á los niños á fin de asustarlos, consideraré las pinceladas una por una y se verá que lo que he dicho, no es nada respecto de la verdad. He sentado lo primero que este mónstruo era concebido en el infierno y arrojado de allí para inficionar el mundo. Antes que yo lo dijo el Sabio afirmando que por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo (1). Este fué el primer ensayo y como el primer hervor de su rabia, cuando empezó á desesperar contra Dios y hacerlo todo en despicue de él. En efecto avanzó tanto por este primer arranque, que de un golpe introdujo la muerte en el seno de Adam y de toda su descendencia. He dicho que tiene cien cabezas: estas son todos los pecados actuales, á los que da vida y origen, porque aunque este pecado no sea mas que uno en su naturaleza, como enseñan los teólogos, no obstante en poder

y como en semilla es todos los pecados juntos, pues corrompida la raíz, por necesidad han de sentirse los frutos, las flores, las hojas, las ramas y el tronco. Causa miedo el ver estas cabezas, las cuales arrojan todas bocanadas infernales, porque es cierto que ni el diablo mismo es tan espantoso de mirar, ni las cloacas del infierno tan hediondas como un solo pecado á la vista y al olfato de Dios. El fuego griego que se enciende en su pecho, no es otra cosa que la maldita concupiscencia, primer efecto del pecado, la cual, como dice el apóstol Santiago (1), inflama la rueda de nuestro nacimiento inflamada ella del fuego infernal; es decir, que abrasa sin intermisión la parte animal del hombre y le hace sentir su fuego y su humo mientras él corre esta vida miserable. Este mónstruo lo lleva todo por delante, porque nos aparta de la presencia de Dios, nos hace perder su amistad, y la gracia de su adopción con todos los derechos que podíamos alegar á su herencia, la ventaja que nuestro origen nos daba, y la honra que poseíamos de ser hijos de Dios. La caverna tenebrosa á donde nos confina, es el arrabal del infierno, donde estamos metidos mientras perseveramos en el estado de desgracia de nuestro nacimiento. En cuanto á la crueldad que he dicho ejercía para con nosotros, ¡ojalá que nuestra propia experiencia no nos hiciese conocer que es tan cierta! Pero ¡ah! llevamos las señales de ella desde los pies hasta la cabeza: testigo nuestro entendimiento oscurecido, nuestra voluntad inclinada á los bienes sensibles, todos nuestros sentidos alterados, nuestro apetito rebelado contra la razón, esta contra el mandato de Dios y sobre todo este hermoso rostro desfigurado, que no es otra cosa que convertida en semejanza de Satanás la se-

(1) Epist. catol. III. 6.

mejanza que teníamos con Dios. Así define S. Dionisio Areopagita el pecado original, cuando le llama un hábito de semejanza con Dios anexo al hombre desde su concepcion (1).

XV. Acerca de esta figura y de las correspondencias referidas por mi os pido justicia, mis amados lectores, en favor de la Virgen santísima, porque ¿podreis conceder que Dios dejase poseer el alma de su santa madre por un demonio tan furioso como el que habeis visto y no habeis visto? Y digo que no le habeis visto, porque no está en mi mano pintarle tal como es. Los santos padres confiesan unánimemente (y todos los verdaderos hijos de la iglesia y de la Virgen quisieran morir por esta verdad) que nunca cometió ella un solo pecado venial; no obstante que este no hubiera sido capaz de hacerla perder la amistad de Dios, ni su eminente santidad, mucho menos la hubiera sujetado á la tiranía del demonio. ¿Y os persuadireis á que contrajese el pecado original, que la hubiera hecho esclava del demonio y digna del odio de su criador, la hubiera declarado pechera è infame y la hubiera condenado á muerte y muerte eterna? El pensamiento solo de esta suma indecencia basta para hacer saltar el corazón de los que honran á la madre de Dios. Por lo demás restablecida en gracia tan pronto como querais, siempre habrá sido, según acabo de decir, la hija amada del Padre, la madre del Hijo, la esposa del Espíritu Santo, el santuario de Dios, la pieza maestra, el honor, el astro del mundo, la gloria de la tierra y del cielo. Y para que se vea hasta dónde llega esto, diré que á algunos graves y sabios doctores (2) les pareció tan singular este hecho, que no tuvieron reparo de sentar

(1) Eccl. hier., c. 2. de peccit. q. 6: Anton. Cordub.
 (2) Medina de orat. q. 7, et lib. 4, q. theolog., q. 49.

que si Dios hubiese dado á escoger á Maria entre ser madre suya ó estar exenta del pecado original, sin dificultad habria dejado ella el inestimable bien de tener por su hijo al mismo Dios á fin de no ser marcada con el sello de Satanás y de no vivir un solo instante en desgracia de su soberana majestad.

XVI. Yo venero de lo íntimo de mi corazón y con toda mi alma al doctor angélico; no obstante debo de confesar que cuando leo las razones alegadas por él para probar la exención de todo pecado actual, que sostiene con la iglesia haber sido otorgada á la madre de Dios, me parece que tienen mucha mas fuerza para ahuyentar de ella el original. Todo su discurso se reduce á cuatro razones: la primera es esta: cuando Dios por su misericordia elige á uno, no deja jamás de darle todas las cosas necesarias para que cumpla su elección, según asegura el Apóstol diciendo (1) que nos ha hecho ministros idóneos del nuevo testamento; es así que Dios habia destinado á esta señora para madre de su hijo; luego no se debe de dudar que la completó en todas sus partes para que cumpliese su elección; lo cual no hubiera sucedido si la Virgen hubiese cometido algun pecado, porque como enseña el Sabio (2), los padres son la gloria de sus hijos y por una relacion de contrariedad la deshonra de la madre hubiera pasado hasta el hijo. Así se explica santo Tomás (3). Pero ó me engaña mucho mi discurso, ó es preciso confesar que el hijo de Dios hubiera recibido mucho mayor deshonra si su santísima madre se hubiese manchado con el pecado original, porque así como en las leyes civiles hay muchos delitos personales que no pasan hasta los hijos de los reos, y hay delitos

(1) II ad cor. III.
 (2) Proverb. XVII.

(3) P. 3, q. 27, art. 7.

que infaman á la descendencia de estos, por ejemplo el de lesa majestad, herejía y otros semejantes; de la misma manera en la ley de Dios se dice del pecado actual aun cuando fuese mortal, que el hijo no llevará la iniquidad de su padre (1); pero la malicia del original es tal, que se va propagando de padre á hijo, de suerte que no bien el padre comunica la naturaleza á su hijo, cuando le transmite el oprobio y la infamia de este pecado. Por eso dice S. Ildefonso (2) que si la madre de Dios no hubiese sido santificada desde el principio, su carne hubiera sido carne de pecado, y siendo tal, su mismo hijo no hubiera estado exento de pecado como unido á una carne pecadora. No obstante este dictámen debe de entenderse prudentemente y con gran circunspeccion, porque no quiere el santo decir absolutamente que si la madre de Dios hubiese contraido la mancha del pecado original, debiera de haber participado de ella su hijo. Su nacimiento extraordinario le eximia mas que suficientemente de él, y aun cuando no hubiera bastado, le santificaba la divinidad con exclusion de todo pecado. Pero quiere decir que era razonable que no solo el Salvador fuese exento de él por esos dos títulos, sino que el flujo del pecado, que pasa y corre de padre á hijo, fuese contenido en la persona misma de su madre, de suerte que no pudiera dudarse jamás de la inocencia de aquel que habia puesto como un dique para impedir que pasára adelante mucho tiempo antes de llegar hasta él.

XVII. Santo Tomás saca su segunda prueba de la union que el hijo tiene con la madre, de quien toma la sustancia; union ó por mejor decir unidad tan grande, que si el hijo no puede tener ninguna relacion con Be-

(1) Ezeq. XVIII.

(2) De virgin. B. Maria.

lial, lo mismo proporcionalmente ha de presumirse de la madre. Tiene razon el santo doctor, porque los sabios y las leyes mismas aseguran que los hijos no hacen mas que una persona con sus padres, no tienen mas que una voz, no son mas que un cuerpo y una carne. Véase pues si el hijo de Dios que tenia mas union con su santa madre que ningun otro hijo, podia consentir que contrajese ella la mancha original, la cual se acercaba tanto á él, pues que amenazaba con la infeccion á su cuerpo y á su alma juntamente. Escuchemos solamente lo que dicen sobre esto dos doctores excelentes. El primero es Arnulfo de Chartres, quien afirma (1) que la carne de Jesus y de Maria es la misma, el espiritu y el amor el mismo y que esta unidad no recibe division; porque aunque de dos cosas se ha hecho una, no obstante despues de esa union no se divide ya: de donde se sigue que hablando correctamente, no se debe de decir que la gloria del hijo es comun á la madre, sino que es una misma gloria que corresponde pro indiviso á los dos. El otro doctor es S. Anastasio Sinaíta, patriarca de Constantinopla, quien habla de esta manera (2): «¿Habrá alguno, sea entre los hombres ó verdaderamente entre los demonios, que se atreva á decir que aquella cuya naturaleza es la misma que la de Dios en cuanto á la carne, no fué hecha á la imagen y semejanza del que nació de ella? Porque ¿cómo se podria llamar su madre no estando marcada con su marca y habiendo defecto en esta semejanza?»

XVIII. La tercera razon de santo Tomás se saca de que Dios habitó en ella de un modo particular no solo poseyendo su alma, sino llenando sus sagradas entrañas. Mas el Sabio dice claramente (3) que «no entrará la sabi-

(1) De laudibus Virg.

(3) Sabid. I.

(2) Lib. 6 anagogicar. quæst.

duría en alma maligna, ni morará en cuerpo sometido á pecados.» S. Bernardo explicando este pasaje dice que «la sabiduría huye de la malicia y del pecado, porque siendo la bondad y la santidad por esencia detesta el vicio tanto como ama la virtud, y que es imposible que la suma pureza y la suma impureza habiten juntas.» ¿Qué mayor infección en efecto que el pecado original, el cual arruina el alma y el cuerpo juntamente y se extiende por todas las potencias del uno y del otro, según he hecho ver antes? Así pues nadie dude, dice muy bien san Anselmo (1), que el castísimo cuerpo y la santísima alma de la Virgen fueron preservados de toda mancha de pecado, como que debían de ser la morada donde había de habitar corporalmente su criador y el de todas las cosas y unir el hombre personalmente á sí.

XIX. Santo Tomás concluye que es necesario eximir á la madre de Dios de todo pecado actual para dar autoridad á las palabras de su celestial esposo, que le dice en los Cantares (2): «Toda eres hermosa, amiga mía, y no hay mancilla en ti.» A este lugar le dan muchísima fuerza los del partido contrario (3) por el respeto de la iglesia que le usa y le apropia á nuestra señora; en términos que le creen suficiente para hacer declarar que aquella no cometió jamás pecado venial. Aquí debo de confesar ingenuamente que no puedo comprender cómo por la fuerza de estas palabras verdaderas y autorizadas se halla la Virgen limpia de todo pecado actual, sin que le quede siquiera la menor mancha, y no obstante continúa cubierta de la laceria original desde los pies hasta la cabeza, sin que esto disminuya su hermosura. Por mi parte prefiero dar oídos al humilde doctor que quiso pasar por

(1) De excellentiâ Virginis. (3) Cajet. in eum lectum
(2) Cant. IV. D. Thomæ. *opusc. del. 17.*

idiota y que interpretaba así las preciosas palabras de los Cantares citadas ya (1): «Tú eres toda hermosa en tu concepción, pues que fuiste hecha con solo el designio de ser el templo del Altísimo: tú eres hermosa no en parte, sino en todo y por todo, y nunca se ha observado, ni se observará en ti mancha alguna de pecado, ya venial, ya mortal, ya original. Ve aquí según mi pobre parecer lo que es ser toda limpia; no estar cubierta de la mala lepra que devora é inficiona el cuerpo y el alma.

XX. Una palabra no mas tengo que decir sobre la tercera prueba sacada de la naturaleza del pecado original; á saber, que así como le advertimos por sus efectos, también donde estos no se manifiestan, tenemos bastante motivo para presumir la falta de la causa de que proceden. Vemos en invierno una hermosa fuente, la cual saliendo á borbotones se derrama por diferentes arroyos en toda la campiña; pasamos en estío por el mismo lugar y encontramos secos los arroyos: ¿qué podemos decir sino que falta el agua á la fuente, supuesto que ya no corre como antes? En cuanto la corrompida fuente del pecado original se derramó sobre los hijos de Adam, sus aguas envenenadas inundaron y malearon todas las potencias del alma sin dejar cosa alguna sana. ¿Qué resta pues sino que no descubriendo ninguna señal de este estrago é inundación general en la Virgen santísima digamos que nunca corrió en su bendita alma la fuente corrompida? En efecto vedla como el huerto cerrado, que en todas partes aparece delicioso y presenta las galas y la lozanía de una hermosa primavera. No vereis nada seco, ni marchito, ni mustio, así como en todos los otros no notareis nada entero. Quiero decir que vereis por todas partes los favorables efectos que producía la

(1) Idiota in contemplat. Virg. c. 3.

gracia original, y por el contrario no advertireis ninguna huella del diente venenoso de la serpiente, nada de rebeldía en sus miembros, nada de oscuridad en su entendimiento, nada de desórden en sus afectos, nada de corrupcion en su cuerpo, nada de oprobioso en la concepcion del Verbo divino, nada de doloroso ó impuro en el parto: ¿qué mas se puede decir para convencer á quien esté resuelto á ceder á la razon? Si no obstante advertimos en ella ciertos efectos, que nos parecen nacer aun del primer pecado, como son los dolores corporales y la muerte; acordémonos de que su querido hijo los sufrió sin pecado por el remedio del pecado. En cuanto á la Virgen, dice muy bien Ricardo de S. Victor (1), si veis que no estuvo exenta de semejantes efectos en que se halla pena y dolor, sabed que los aceptó de muy buen grado para aumentar su corona y darnos al mismo tiempo ejemplo de paciencia llevando con tanta pureza el yugo de nuestra comun miseria.

Cuarta prueba sacada de la autoridad de la iglesia universal.

XXI. La he reservado expresamente hasta aquí para, que los que hubiesen puesto alguna especie de resistencia á las otras pruebas, viendo parecer este escuadron en orden de batalla que viene á retaguardia, no tengan ya dificultad de rendirse á la razon. Vereis con satisfaccion venir en hilera de diversos lugares una infinidad de valerosos combatientes armados y equipados ventajosamente para formar un cuerpo terrible á las potestades del infierno. Observareis cómo en todos los siglos ha habido spiritus rectos, recomendables en santidad y doctrina, que han peleado en defensa de esta verdad. Os

(1) De Emmanuele, l. 2, c. 28.

admirareis al advertir cómo este cuerpo de ejército se ha ido reforzando de edad en edad hasta nuestros dias, en que tenemos la dicha de verle marchar victorioso bajo la bandera de la inmaculada concepcion y exceder en número de capitanes y soldados escogidos á las estrellas del firmamento.

Para cumplir satisfactoriamente mi promesa os suplico recordeis que no sin justísima razon es comparada la Virgen en los Cantares á la aurora, á la luna y al sol en el mediodia, sino que es para dar á entender que el honor tributado á ella por la iglesia tuvo su principio, sus progresos y su consistencia. Dios lo ha dispuesto así con amabilísima y no menos sabia providencia respecto de la mayor parte de las verdades de la fé y especialmente del misterio de la concepcion de que tratamos. Tres razones principales hallo yo, por las cuales quiso el Señor que la verdad de este misterio se descubriese precisamente á la manera del alba del dia, la cual cuando empieza á despuntar ahuyenta insensiblemente las tinieblas, hasta que adelantando poco á poco el sol en su carrera llega por último al mediodia.

XXII. La primera razon es la que alegan ordinariamente los teólogos diciendo que como la iglesia no estaba fundada principalmente sobre nuestra señora, sino sobre su divino hijo, era conveniente que Dios que la va iluminando de un modo admirable y haciendo parecer su luz desde la cumbre de los montes, segun canta el profeta David (1), ilustrase ante todo las verdades fundamentales de nuestra salvacion y luego por una abundancia de su bondad nos hiciese ver con claridad otras muchas, las cuales, aunque de menos trascendencia, encaminan nuestros entendimientos á conocerle me-

(1) Salmo LXXV. (3)

por y amarle mas ardentemente. S. Fulberto, obispo de Chartres, propone la segunda razon diciendo (1) que no sin designio se recató la venerable antigüedad de manifestar claramente su sentir acerca de la pureza de la concepcion de la Virgen y que procedió así por no dar asidero alguno á los herejes, quienes empezaban ya á murmurar y despues sostuvieron resueltamente que nuestro Señor Jesucristo no habia tenido en realidad, sino solo en apariencia un cuerpo semejante á los nuestros y que Maria no habia sido una mujer, sino un ángel encarnado. Esto lo hubieran dicho con mas atrevimiento si en su tiempo se hubiese hablado de la Virgen en sentido tan favorable como hablamos hoy. De la tercera razon debemos de hacer mucho mas caso, porque nuestra señora misma se la declaró á santa Brigida, viuda de acrisolada virtud, hablándole un dia de esta suerte: «La verdad es que yo fui concebida sin pecado original; pero sabe que la razon por qué no fué conocida tan pronto de todos, es porque Dios quiso que así como á la ley promulgada por mi hijo precedieran la ley natural con la eleccion voluntaria del bien y del mal y la ley escrita, la cual ordenaba distintamente lo que se debia hacer y omitir, de la misma manera fué su voluntad que sus mejores amigos dudasen de mi immaculada concepcion, á fin que por este medio cada uno mostrase su celo hasta que se aclarara plenamente la verdad.» La realidad de esta revelacion se verá claramente por lo que diré á continuacion de mi discurso.

XXIII. Primeramente es necesario confesar que aunque Dios no ha permitido que esta verdad fuese tan clara y tan abiertamente pregonada en la iglesia desde el principio, no obstante en todas las edades ha habido san-

(1) Sermo á de orla Virg.

tos é irrecusables doctores, que han hecho pública profesion de ella y la han expuesto para la posteridad, segun atestan algunos autores de nota (1) que presentan sus testimonios de siglo en siglo. De ellos podrán facilmente saberlo los que quieran hacer la prueba. Diré mas: que transeurrieren cerca de mil y cien años sin que ningun doctor, cuyos escritos hayan llegado hasta nosotros, tuviese ó enseñase lo contrario: porque respecto de ciertas proposiciones generales que sueltan á veces, en que pudiera parecer que la bienaventurada Virgen fué envuelta con los demás, pronto haré ver que de ningun modo la perjudican. Lo admirable en esto y lo que nos prueba grandemente la revelacion de santa Brigida, es que el primero que ballamos haya dudado formalmente de la pura concepcion de Maria y enseñado lo contrario, fué el glorioso S. Anselmo, uno de sus mas fieles y devotos siervos (2); lo cual aconteció por particularissima providencia de Dios, á fin que así como el apóstol santo Tomás en otro tiempo de increíble se convirtió en testigo y predicador de la resurreccion del Salvador habiendo sabido ocular y palpablemente la verdad de ella con gran provecho de nuestra creencia, así tambien S. Anselmo despues de haberse dejado llevar de una duda disimulable en su tiempo confesó que en diversas partes de la iglesia se celebraba ya la fiesta de la immaculada concepcion; y no solo se unió á los que tributaban este honor á la Virgen, sino que convidó á todo el mundo á celebrar aquella fiesta, como hizo con acierto en una excelente carta que escribió á los obispos de Inglaterra, la cual por contener noticias del origen y pro-

(1) Coecius, tom. 4 Thesauri, lib. 3: Salazar, de immaculata conceptione, c. 42 etc.

(2) Cur Deus homo, lib. 2, c. 20.

greso de esta celebridad y otras muchas cosas dignas de saberse merece que hable yo algo mas extensamente de ella.

Origen de la fiesta de la Concepcion en Italia.

XXIV. Ante todo para que los hombres pelillosos que se jactan de disputar de todo, no tengan motivo de desechár este documento, han de saber que á mas de un buen número de doctores muy fidedignos (1) que se valen de él, todas las iglesias de España le leían en las lecciones de la fiesta de la Concepcion antes de la reforma del breviario romano hecha por el papa Pio V y sus sucesores, como practica aun hoy la órden de S. Francisco; y lo que es mas, el concilio de Cantorbéry tenido en el año 1520, que podia saber noticias de esta carta, la recibe sin dificultad (2). En ella cuenta S. Anselmo una cosa digna de mencionarse, que dice haber sucedido cuando el rey Carlos tenia el cetro de Francia; y como no especifica quién era este Carlos, nos vemos precisados á decir conjeturando por el tiempo y otras circunstancias que era uno de estos tres, ó Carlos el Calvo, ó Carlos el Gordo, ó Carlos el Simple; en lo cual no puede haber error de mas de sesenta años, porque componiendo el reinado de los tres juntos ese número, se sigue que lo que refiere S. Anselmo, ocurrió desde el año 840 en que entró á reinar Carlos el Calvo, hasta el de 872 en que acabó el reinado de Carlos el Simple. Dice pues que el hermano del rey de Hungría (á quien no nombra), clérigo de profesion, fué forzado por importunaciones de los

(1) Henric. Gand., Bacon., Thomas de Argentina, Capreolus, Paldanus; omnes in 3 dist. 3; Gers., Sermo de Conceptione; Bosius, lib. 9 de signis

ecclesiar., c. 8; Baronius notis ad rom. martyrolog. 3 decemb. (2) Le cita Juan Bacon en el quodlib., l. 3, q. 13.

suyos á casarse con una doncella jóven y de sobresaliente hermosura. Mas él era asombrosamente devoto de la madre de Dios, cuyo oficio rezaba todos los dias; y ve aquí que llegado el de la boda y concluida la misa nupcial se acuerda de que no habia practicado aquel dia su devoción á Maria santísima. Con esta idea despide á sus criados, y quedándose solo en la iglesia se postra ante el altar de la Virgen y se dispone á rezar las horas. Al llegar á la antifona: Eres hermosa y agraciada, hija de Jerusalem; se le aparece la gloriosa Virgen acompañada de dos ángeles, de los cuales el uno le coge de la mano derecha y el otro de la izquierda. «Pues supuesto que confesas, le dijo Maria, que soy tan hermosa y agraciada, ¿cómo es que me has dejado por otra? En efecto ¿no soy mas hermosa que esa por quien me has despreciado?» El príncipe quedó parado al pronto; pero recobrándose un poco replicó: «Es verdad, señora, que tu hermosura y gracia exceden á cuanto puede imaginarse: los mismos ángeles no se acercan á ella. Pero ya que la falta está cometida, ¿cómo la repararé?» «Si tienes valor, repuso la Virgen, para dejar por amor mio á la mujer por quien me has abandonado; me tendrás por esposa en el cielo; y si celebras anualmente la fiesta de mi immaculada concepcion el dia 8 de diciembre y procuras hacer que la celebren los demás; te prometo una preciosa corona en el reino de mi hijo.» Dicho esto desapareció, y el príncipe resolvió ocultarse por algun tiempo en un monasterio inmediato. Poco despues se trasladó bajo la conducta de la madre de Dios á Italia, donde fué elegido patriarca de Aquileya y no dejó de celebrar todos los años la fiesta que se le habia recomendado, con grandísimo aparato y una solemne octava, empleando además con calor su valimiento para inducir á la mayor parte de los obispos de Italia á que honraran del mismo modo á la Virgen. Siendo la persona tan calificada y la celebridad de la fies-

ta tan extraordinaria, y pasando todo esto á la vista de la iglesia romana, no hay duda de que fué aprobada ó á lo menos tolerada por la santa sede, y que esta aprobacion dió resolucion á muchas iglesias para hacerlo así igualmente. Tambien es de creer que habiendo cundido al punto por todas partes la fama del santo prelado, los de Hungria informados de lo que pasaba, fueron de los primeros á celebrar aquella fiesta. Lo que da margen á esta creencia, es que en todo tiempo se han dedicado singularmente al servicio y culto de Maria y además creen que la fiesta de la Concepcion es antiquisima entre ellos. Tambien hay mucha probabilidad de que el docto Idiota tomó ocasion de lo que veia en su tiempo, para escribir aquellas excelentes contemplaciones, en que habla de la inmaculada concepcion mas expresamente que ninguno de los que le precedieron, á fin de excitar mas y mas los fieles al servicio de la reina de los cielos.

Origen de la misma fiesta en Oriente.

XXV. Casi por el mismo tiempo, como es fácil de conjeturar, pasó esta devozion á Oriente. Es probable que sucedió así por la mucha comunicacion que tenian con Italia, y por la noticia de lo que habia ocurrido al principe de Hungria, cuya fama volaba de region en region tanto á causa de su esclarecida prosapia como de su eminente santidad. Dios se sirvió grandemente para este efecto del emperador Leon, apellidado Porfirogénito ó el filósofo, que pudiera muy bien llamarse el restaurador de la piedad oriental. Este devoto emperador, de quien hablaré mas adelante con otro motivo (1), empezó á reinar el año sexto de Carlos el Gordo y acabó en tiempo de

(1) *Trat. 3, c. 4, §. 7.*

Carlos el Simple; y como era muy docto, compuso una bella oracion de este misterio que se lee aun hoy (1), y contribuyó cuanto pudo á la veneracion de nuestra señora y á la celebracion de su fiesta.

Origen de la misma en Inglaterra.

XXVI. Unos cincuenta años despues siguieron la misma devozion Francia é Inglaterra. Ve aquí en parte el motivo de ello segun la relacion del mismo S. Anselmo en la citada carta. Habiendo subido hasta el cielo los pecados de los ingleses, Dios suscitó á Guillermo, duque de Normandia, para que penetrara en el reino de Inglaterra; lo que hizo con tanta fortuna, que le ocupó con mucho provecho de los naturales, cuyas costumbres reformó muy pronto. En aquella sazón los de Transilvania que pretendian el reino de Inglaterra, no pudiendo tolerar que le hubiese ocupado un extranjero, levantaron una poderosa armada para combatirle. Guillermo advertido de lo que pasaba envió prontamente á Elximo ó Elsino segun unos y Elpino segun otros, abad del monasterio de Reims, que era inglés de nacion, varon discretisimo y con opinion de santo, para que le refriese lo que ocurría. El espíritu maligno no dejó de armarle asechanzas en el camino, porque suscitó una borrasca tan espantosa, que todos creyeron ser perdidos; sin embargo Dios hizo que tornara todo en gloria suya. Con efecto cuando los de la tripulacion imploraban en alta voz la asistencia de la madre de Dios, ve aquí que aparece en el aire un venerable prelado (era S. Nicolás), quien dice á Elximo que iba de parte de Maria á prometerle sacarlos libres del peligro en que estaban, con tal

(1) *Baron. ad rom. martyrei. 5 decemb.*

que quisiera celebrar todos los años la fiesta de su inmaculada concepcion el dia 8 de diciembre. Habiendo aceptado gustosísimo el abad la proposicion, de pronto se calmó el mar alborotado, y aquel contó en Inglaterra lo que habia visto y sabido. Cualquiera puede figurarse lo que contribuyó semejante suceso á despertar la piedad de los ingleses para con la madre de Dios y á promover la celebracion de su fiesta: es indecible cuánto cooperó á esto el glorioso S. Anselmo, quien en calidad de primado escribió de allí á unos treinta años la mencionada carta á todos los prelados de Inglaterra exhortándolos con calor á celebrarla y diciéndoles entre otras cosas que el que ponía dificultad en guardarla, no merecia ser tenido por siervo de María. Despues intervinieron con su autoridad dos concilios de Inglaterra para hacer que se celebrase aun con mayor solemnidad.

Origen de la misma en Francia. El sup. vesido
 on XVIII. Aunque los franceses no pudieran ignorar lo que habia sucedido, por la vecindad de los normandos, sin embargo Dios que en todos tiempos ha mirado á este reino con mucha ternura, no dejó de darle una ocasion particular para honrar á su madre con los demás. Es probable que sobrevino por esta misma época, pues que S. Anselmo lo cuenta en el mismo lugar. «Un sacerdote francés, dice, salió de su parroquia con perversísimo intento, y cuando volvía á su casa despues de haber cometido un adulterio en el lugar inmediato, se puso á rezar el oficio de nuestra señora como lo hacia todos los dias por especial devocion. Apenas habia principiado, cuando ve venir una tropa de demonios, que volcando el barco en que surcaba el Sena, le echan á pique y le arrancan el alma del cuerpo; ya le habian atormentado reciamente por espacio de tres dias, cuando se presenta la madre de

Dios, que habia suplicado hasta entonces la suspension del juicio de aquel infeliz, y pregunta á los demonios cómo tenían atrevimiento para tratar así á su siervo. Ellos respondieron que habia sido cogido haciendo obras dignas de muerte. La madre de misericordia replicó que si el alma del sacerdote pertenecia de derecho á aquel cuyas obras hacia cuando fue cogido, era de ella sin disputa; pues que estaba rezando entonces su oficio. Al oír estas palabras desaparecieron los demonios, y la madre de Dios quedó señora del cuerpo con los ángeles que la acompañaban. Entonces librando á su cautivo de la muerte eterna que habia merecido, y restituyéndole la vida temporal le advirtió que en adelante se guardara de cometer tal culpa, que le desagradaba en extremo; que celebrara todos los años la fiesta de su concepcion; y que procurara hiciesen los demás lo mismo. Dicho esto, los ángeles le cogieron de las manos y le pusieron en pié: entonces la bondadosa señora le abrió paso por medio del rio deteniendo las aguas á un lado y á otro y le dejó sano y salvo á la orilla desapareciendo despues. El sacerdote no sabia qué decir á su libertadora, ni qué hacer en honra de ella. Por fin resolvió retirarse á una ermita, donde todos los años el dia de la Concepcion honraba á la madre de Dios como mejor podia, persuadiendo á cuantos iban á visitarle, á que hiciesen lo mismo.

Origen de la misma en España.

XXVIII. He diferido hasta aquí el hablar de España por no estar tan cierto de en qué tiempo sucedió lo que cuenta Bernardino de Bustos, célebre doctor de la orden de S. Francisco, en el oficio que compuso de la inmaculada concepcion y que fué aprobado por el papa Sixto IV, como diré luego. Cuenta pues en la leccion cuarta de la

feria segunda de la infraoctava que había en Toledo un arzobispo llamado D. Gonzalo, quien profesaba particularísima devoción á la madre de Dios, de suerte que esta se le aparecía siempre durante el santo sacrificio de la misa. Sucedió que preparándose para decir la en el día propio de la Concepción, le trajo la Señora una preciosa casulla blanca y le dijo: «Sabe, hijo mío, que yo fui concebida sin pecado original, y así te ordeno que pongas toda diligencia en hacer que se celebre mi fiesta.» El arzobispo lo tomó con tanto calor, que movió á toda España á celebrar la Concepción, acerca de cuya devoción compuso un tratado excelente. Si es permitido formar alguna conjetura acerca de esto; habrá que decir que lo que refiere Bustos, aconteció antes del año 800 cuando los godos dominaban aun en España y la Galia narbonense tenía comunicación con ella, segun aparece de las actas sinodales, las cuales atestan que entonces los obispos de dicha provincia concurrían al concilio de Toledo con los otros prelados de España, porque desde que la ocuparon los sarracenos (lo que ocurrió por los años de 800), cesó aquella comunicación, y así desde entonces hubiera sido difícil á D. Gonzalo tratar con los prelados españoles como antes. Digo lo obstante con la cláusula de que si por acaso me equivocase en esta conjetura ó en las otras indicadas mas arriba, mi ánimo es siempre ceder libremente á quien tenga mejores razones que yo.

De cómo S. Bernardo se opuso á la celebracion de esta fiesta y cómo se extendió despues esta por todo el mundo.

XXIX. Así se introducía la devoción casi en todas partes y especialmente en Francia por la inclinación particular que ha tenido en todo tiempo á honrar á la ma-

dre de Dios (1), y ya las principales iglesias celebraban con gran solemnidad la fiesta de la Concepción, cuando permitió Dios que hácia el año 1150 se pudiese de por medio como para atajar los vuelos á esta devoción uno de los siervos mas favorecidos de la Virgen santísima, el devoto S. Bernardo, quien en una carta escrita con mucho fuego hacia presente á los canónigos de su iglesia de Leon, primada de las Galias, que no debían haber empezado á celebrar solemnemente aquella fiesta sin el consentimiento de la santa sede (2). No puedo decir con verdad qué efecto produjo la amonestación de S. Bernardo; pero si aseguraré que la devoción del pueblo cristiano se acrecentó de tal suerte, que queriendo el papa Sixto IV quitar todos los escrúpulos que pudiera haber en adelante para la celebracion de la misma fiesta, y deseando por otra parte manifestar abiertamente cuál era el sentir de la iglesia, publicó una bula en el año 1476, por la cual exhortaba á todos los fieles á celebrarla de allí en adelante, concediendo con la mayor liberalidad indulgencias del tesoro de la iglesia á los que

(1) Es disimulable que el zelo por las glorias religiosas de su patria hiciese al autor expresarse en esta y otras ocasiones en términos que parece dar cierta preferencia y superioridad á Francia sobre las otras naciones en lo que mira al culto y devoción de la virgen Maria. Pero tampoco se extrañara que por el mismo motivo y á fuer de español amante de los timbres y blasones del reino católico por excelencia reclamase el traductor de este libro en favor de la prioridad de España en la celebracion pública del misterio de la inmaculada concepción de

Maria, segun puede verse entre otros escritos en las dos luminosas obras tituladas: *España primigenita del misterio de la purísima concepcion de Maria* por D. Antonio Lupiano Zapata, y *Milicia de la inmaculada concepcion* por Fr. Pedro de Alba y Astorga, religioso franciscano (N. del T.).

(2) *Adición á la madre Maria Jacoba de Blemir.* — «Es muy probable que su profunda veneracion al sumo pontífice fué la que le obligó á proceder de esta suerte, porque por otra parte era incomparable su piedad hacia la madre de Dios.»

la celebrasen. Y como algunos se hubiesen metido á glosar la bula del papa y á enseñar que debía de entenderse de la santificación de la madre de Dios no en el instante de su concepcion, sino inmediatamente despues, interpuso de nuevo la autoridad apostólica y por tercera bula (porque la segunda habia sido solamente para conciliar los ánimos) pronunció sentencia de excomunion contra todos los que diesen en adelante tal interpretacion á la palabra concepcion. De allí á poco tiempo el mismo papa confirmó y enriqueció con indulgencias dos oficios de la inmaculada concepcion, compuesto el uno por Leonardo de Nogueroles y el otro por el citado Bernardino Bustos, como se ve por las bulas expedidas á este efecto, bien que despues el papa Pio V en vista del excesivo número de semejantes oficios se vió precisado á ordenar que solamente se usase en la iglesia el oficio de la natividad de nuestra señora, cambiando el nombre de natividad en el de concepcion. El querer mostrar ahora cómo bendijo Dios la santa intencion de este buen papa seria á mi ver trabajo perdido, porque la experiencia manifiesta que el mundo se aficiona cada dia mas á propagar esta fiesta y que hoy es una de las mayores que tenemos en toda la cristiandad.

XXX. Si acaso le pareciese á alguno que me he entendido demasiado sobre este asunto; le ruego considere que lo he hecho por haber juzgado ser esta la prueba mas sólida que pueda proponerse en tal materia, porque si la iglesia no tuviera que la concepcion de la madre de Dios fué inmaculada, nunca intentaria celebrarla con tanto júbilo, sino que como decía S. Ildefonso de la fiesta de su natividad (1), buscaria mas bien lágrimas para llorar este dia y tinieblas para oscurecerle. Este es el

(1) De virginitate Mariæ.

argumento que muchos graves doctores y santos personajes juzgaron de muchísima fuerza para probar eficazmente por la fiesta de la natividad la santificación de la Virgen en el vientre de su madre, segun resulta de los asertos de S. Ildefonso (1), de S. Bernardo (2), de Alberto Magno (3), de santo Tomás (4), de S. Buenaventura (5) y de otros muchos, cuya autoridad es preciosa y sus razones admisibles. Por lo demás (y sea dicho de paso) yo no sé qué habia hecho esta fiesta al impio heresiarca Lutero; pero él manifestaba su opinion acerca de ella con palabras muy formales diciendo que ninguna fiesta detestaba mas que la del Corpus y la concepcion de nuestra señora. ¡Cuánto distaba del modo de pensar del devoto S. Anselmo, quien enseñaba que ninguna solemnidad debía de anteponerse á esta, la cual habia dado principio á todas las demás!

Cómo la gloria de la inmaculada concepcion se acrecentó por la oposicion.

XXXI. El deseo de evitar confusion y de seguir el discurso comenzado de la fiesta de la Concepcion ha hecho que yo omita muchas cosas dignas de memoria, en las que podemos reconocer por la sucesion de los siglos el juicio que la iglesia ha formado siempre de la pureza de aquella; que es lo que me habia propuesto al principio. Pues para continuar mi camino decia mas arriba que habian pasado cerca de mil y cien años sin que hubiese nadie en la antigüedad que dijera claramente cosa alguna contra la purísima concepcion; al contrario que la habian

(1) De virginitate Mariæ.

(2) Epist. 127 ad canonicos hugdun.

(3) In 3 dist. 3.

TOMO I.

(4) Ibid.

(5) Ibid. Añadanse á estos el Alense, Ricardo, Gabriel, Capreolo, Paludano, Gregorio etc.